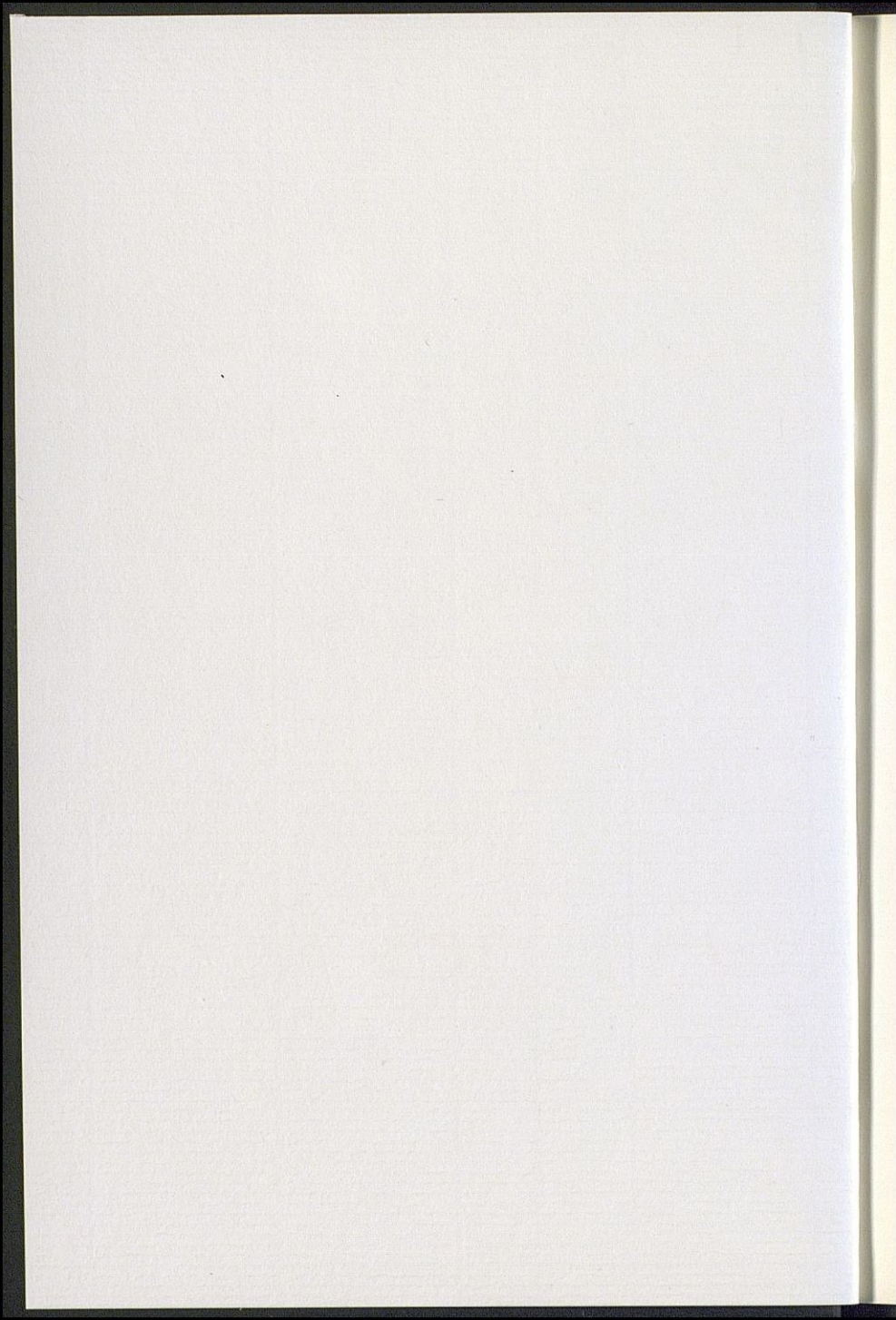


**UN AMIGO  
ENTRE LIBROS**

José Luis Casas Sánchez



UN AMIGO ENTRE LIBROS

**UN AMIGO ENTRE  
LIBROS**

Gabra

1922

UN AMIGO ENTRE LIBROS

Gabra

PORTADA

# UN AMIGO ENTRE LIBROS

José Luis Casas Sánchez

Cabra

2022

UN AMIGO ENTRE LIBROS

José Luis Casas Sánchez

Edición no venal de 100 ejemplares

© José Luis Casas Sánchez

Imprime: Egafoto SL

DL: CO 1757-2022

## PORTADA

El año 2017 reuní mis artículos del diario *Córdoba* dedicados al fútbol en un volumen titulado *Con la izquierda*, que regalé entre mis amigos. Hace unos meses me planteé editar los relacionados con los libros y la amistad. Una primera selección me permitió encontrar un buen número de artículos, y asimismo comprobé que si alguien aparecía de manera reiterada en relación con ambos temas era el bibliófilo montillano Manuel Ruiz Luque.

En consecuencia, pensé en tributarle un pequeño homenaje al recopilar estos diecinueve artículos, a los cuales he añadido dos textos, publicados en otro lugar y que he recogido al inicio de la obra. El primero fue la Presentación a un volumen-homenaje que un conjunto de investigadores le tributamos en 1988 y el segundo mi colaboración en una obra dedicada al bibliófilo, con la participación de un grupo de amigos, en el primer día del año 1995 con motivo de su onomástica. Todos los artículos aparecen por el orden cronológico de su publicación en las páginas de Opinión del diario *Córdoba* entre 1993 y 2021, excepto dos: “Libros insólitos de Ruiz Luque”, dedicado a la exposición de 107 libros en Málaga en 1997, pues figuró como reseña del *Catálogo* de la misma en el suplemento cultural *Cuadernos del Sur*;

y el titulado "Bibliópolis", que formó parte de una serie de columnas, bajo la denominación de "Aquellos polvos", con las que colaboré en el suplemento *Comarcas*, a cuya dirección se hallaba Francisco A. Carrasco.

A lo largo de estas páginas, como se podrá comprobar, aparece citado con frecuencia José Antonio Cerezo, amigo común de Manolo y de quien esto escribe. Además quizá sea la persona que mejor conoce su biblioteca, no en vano realizó el inventario original de la misma y ha sido el primer director de la Fundación "Biblioteca Manuel Ruiz Luque". Otro nombre repetido es el de Jorge Luis Borges, como no podía ser menos cuando se habla de libros y de bibliotecas, a lo cual se añade mi condición de lector suyo.

Hay algunos artículos en los cuales Manuel Ruiz Luque solo aparece citado, dado que me interesaba reflejar su colaboración en el asunto tratado, y porque a menudo su participación en el mismo había sido imprescindible.

Espero que mis amigos, a quienes regalaré un ejemplar de esta edición, disfruten con ella, y piensen que mi único objetivo ha sido compartir experiencias vividas en torno a algo tan imprescindible en nuestras vidas como los libros. Además, por fortuna, muchas las he tenido al lado de una persona, Manuel Ruiz Luque, que los valora como nadie, y

que en una entrevista de 2013, cuando le preguntaron si había hecho muchas locuras por amor a los libros, respondió: “Algunas, pero son inconfesables”.

En los Baños de san Juan de Cabra, 31 de marzo de 2022

El trabajo "El lenguaje" que forma parte de este  
conjunto de libros, es el más reciente y el más  
completo que he escrito hasta ahora. En él he  
tratado de explicar, con claridad y sencillez,  
los fundamentos de la lingüística y de la gramática.  
Espero que sea útil para todos los que se interesan  
por el estudio del lenguaje.

Este libro es el resultado de un trabajo que he  
hecho durante muchos años. He tratado de explicar  
los fundamentos de la lingüística y de la gramática  
de una manera sencilla y clara, para que todos  
puedan entenderlos. He tratado de explicar los  
fundamentos de la lingüística y de la gramática  
de una manera sencilla y clara, para que todos  
puedan entenderlos. He tratado de explicar los  
fundamentos de la lingüística y de la gramática  
de una manera sencilla y clara, para que todos  
puedan entenderlos. He tratado de explicar los  
fundamentos de la lingüística y de la gramática  
de una manera sencilla y clara, para que todos  
puedan entenderlos.

Este libro es el resultado de un trabajo que he  
hecho durante muchos años. He tratado de explicar  
los fundamentos de la lingüística y de la gramática  
de una manera sencilla y clara, para que todos  
puedan entenderlos. He tratado de explicar los  
fundamentos de la lingüística y de la gramática  
de una manera sencilla y clara, para que todos  
puedan entenderlos. He tratado de explicar los  
fundamentos de la lingüística y de la gramática  
de una manera sencilla y clara, para que todos  
puedan entenderlos.

Espero que sea útil para todos los que se  
interesan por el estudio del lenguaje. Este libro  
es el resultado de un trabajo que he hecho  
durante muchos años. He tratado de explicar  
los fundamentos de la lingüística y de la gramática  
de una manera sencilla y clara, para que todos  
puedan entenderlos. He tratado de explicar los  
fundamentos de la lingüística y de la gramática  
de una manera sencilla y clara, para que todos  
puedan entenderlos.

## RAZONES DE UN HOMENAJE<sup>1</sup>

Conocí a Manuel Ruiz Luque hace algunos años, en concreto durante el verano de 1980. Nos presentó un montillano vinculado al mundo de la cultura, Antonio Carpio,<sup>2</sup> buen amigo suyo. El motivo era que, al parecer, aquel fotógrafo de la calle Escuelas “tenía una gran biblioteca”; confieso que acudí a verle con cierto escepticismo, pensaba que se trataría de una de las típicas exageraciones que circulan por los pueblos. No solo me equivoqué, sino que además a partir de entonces encontré en aquel hombre un gran amigo y precisamente de su amistad me precio aún más que de conocer una buena parte de sus libros. En el tiempo transcurrido desde entonces, he aprendido de él bibliofilia y bibliografía (en especial, por lo que se refiere a la provincia de Córdoba), o mejor dicho, me las

---

1 Includo como Presentación en: *Montilla: Historia, Arte, Literatura. Homenaje a Manuel Ruiz Luque*. Baena, 1988. Págs. 13-16.

2 En aquel momento era concejal de Cultura de la corporación nacida de las primeras elecciones municipales de 1979. Carpio sería más adelante alcalde de Montilla entre 1995 y 2007, y en esa condición se convirtió en el primer Presidente de la Fundación “Biblioteca Manuel Ruiz Luque”.

ha contagiado, de acuerdo con el carácter de “enfermedad” que a ambas les concede Theodore S. Beardsley en su *Elogio de la Bibliofilia* (el ejemplar que poseo, lógicamente, fue regalo suyo).

Con estas primeras líneas ya nos hemos acercado a uno de los rasgos de su personalidad: el amor al libro y, por extensión, a todo papel impreso. Prueba de ello es que aún hoy día lamenta que cuando se marchó a cumplir el servicio militar, su madre se desprendiera de sus colecciones de cromos, carteleras de cine, tebeos..., al considerar que su hijo ya se había hecho mayor. Los orígenes, pues, de su vocación se sitúan en los años de su infancia que transcurrieron, como toda su vida, en la ciudad campañesa de Montilla, donde nació en el año 1935. No creo necesario hacer referencia aquí, por conocida, a la coyuntura económica y cultural de la España de su infancia y juventud, pero sí es preciso tenerla presente, en cuanto que así resulta aún más sorprendente —y admirable— la personalidad de este hombre que ha llenado su vida con su trabajo y su inquietud cultural; esta última queda patente para todo el que lo conoce por su curiosidad, su deseo de aprender y sus preguntas continuas. En este sentido es todo un ejemplo y ya es merecedora de homenaje una persona con sus características, teniendo en cuenta que ni tenía un medio favorable (pensemos en la Montilla y la An-

dalucía de la postguerra) ni una tradición familiar que impulsara sus inquietudes.

Manuel Ruiz Luque —Manolo, le llamamos sus amigos— no es solo bibliófilo, profesionalmente es fotógrafo y aunque es algo que no conozco en profundidad, presumo que posee un importante archivo fotográfico sobre el pasado más reciente de Montilla y al que más de una vez habrá que recurrir, pues seguramente de algunos acontecimientos solo nos queda el testimonio de sus fotografías. Junto a su actividad vocacional y profesional, no podemos olvidar que Manolo es uno de los ejes de la cultura en Montilla; su estudio fotográfico ha sido, e imagino que seguirá siendo, un lugar de tertulia, de diálogo y en algunos casos incluso de discusión (siempre dialéctica), pero sobre todo es de resaltar que desde allí se han promovido muchas iniciativas y muchos libros han podido ver la luz gracias a su colaboración desinteresada, al tiempo que ha generado un grupo de personas que han hecho posible la aparición de obras tan bellas como *Sonetos del corazón* de Manuel de César o *Antología de estampas montillanas* de Lorenzo Marqués y más recientemente una colección de gran interés como son los *Cuadernos de poetas montillanos*.

Pero esto no es todo, también debemos citar su colaboración con varias instituciones, bien al faci-

litar ejemplares para su reedición o bien al cederlos para exposiciones bibliográficas. A ello hemos de añadir sus colaboraciones en la prensa local; la redacción de algunas voces en la *Gran Enciclopedia de Andalucía*, todas ellas referidas a Montilla o a personajes montillanos; las "Aportaciones biográficas para una galería de montillanos y de personajes vinculados a Montilla", incluidas en la *Guía Histórica de Montilla* de José Calvo Poyato; o la "Introducción" de algunas reediciones como *Notas sobre los cueros de Córdoba* del barón Charles Davillier, *Montilla. Apuntes históricos de esta ciudad* de José Morte Molina, *Historia de la Villa de Baena* de Francisco Valverde Perales o *Casos notables de Córdoba*. Todo esto no son sino ejemplos de su vinculación a la cultura de su tierra. Solo debo añadir, por cuanto me atañe profesionalmente, que ha sido el organizador de los dos ciclos de conferencias que se han celebrado sobre la historia de su ciudad.

Al margen de sus actividades, a Manolo hay que agradecerle sus actitudes. En concreto me gustaría resaltar una de ellas: cuando habla de su biblioteca con algunos de los que siempre andamos solicitándole un "préstamo", utiliza siempre el plural para contarnos sus nuevas adquisiciones ("ya tenemos...", "hemos conseguido un ejemplar de..."), con lo que da a entender su actitud abierta a colaborar con todo aquel que solicita su ayuda.

Estoy seguro de que la mayor parte de los que colaboramos en este volumen podemos dar testimonio de ello.

Todo lo expuesto constituye lo que he titulado "Razones de un homenaje". Sé que a Manolo no le agradan este tipo de actos, pero mucho me temo que quizás no sea el último, aunque él siempre preferirá el homenaje de los amigos que se acercan a dialogar, a consultar, a pedir su colaboración. Desde aquí quisiera decirle que eso no le va a faltar nunca por parte de quienes en sus conversaciones y en sus libros encontraremos siempre, como decía Marc Bloch respecto a la búsqueda documental, "un residuo de sorpresa y, por ende, de aventura".

Córdoba, 15 de diciembre de 1987.

### EL HOMBRE QUE NO QUISO SER ASTRONAUTA<sup>3</sup>

Siempre es un placer colaborar en una publicación relacionada con Manuel Ruiz Luque, aunque mantengo mi duda, compartida con otros, de que finalmente llegue a ser una sorpresa, es decir, que se pueda publicar algo en Montilla sin su conocimiento previo. Pero en realidad poco importa si quienes participamos en estas páginas conseguimos aportar algún testimonio o alguna idea que le sirvan a Manolo para poder decir, como hiciera Lampedusa a propósito de Stendhal, que tiene la suerte de vivir entre gente de buena memoria, y además agradecida.

Manolo es un dúo: él y su biblioteca, juntos constituyen una unidad (que desde luego no lo es de destino en lo universal), pero de ambos elementos uno es anterior al otro, la persona antecede a la obra. He narrado muchas veces, y continúo haciéndolo, la impresión que me causó la biblioteca el primer día que la visité. Hace unos meses, en *Del amor y otros demonios* de Gabriel García Márquez, encontré un pasaje semejante a aquella situación

---

<sup>3</sup> Includo en *Hojas para un Tratado de Bibliofilia*. Montilla, 1995. Págs. 13-19.

cuando Cayetano Delaura conoce la biblioteca de Abrenuncio de Sa Pereira Cao y exclama: “¡Espíritu Santo! Esto es la biblioteca de Petrarca”, y el poseedor de aquellas obras de arte le contesta: “Con unos doscientos libros más”. Obviamente no pronunciamos idénticas palabras, pero desde entonces Manolo ha sido generoso conmigo e igual que Abrenuncio a Delaura, me ha permitido “curiosear a gusto”, y yo actúo ante los libros igual que aquél: “los hojeaba engolosinado y los reponía en los estantes con el dolor de su alma”. (A propósito de este tipo de dolencia, hace solo unos días José Antonio Cerezo descubría el motivo de la permisividad de Manolo hacia nosotros dos, sin miedo a que pudiésemos sustraer algún ejemplar: “nos gustaría llevárnoslos todos —dijo— y sabe que eso es imposible”).

Pero si recordar algo sobre Manolo supone traer a colación el mundo del libro, no estaría de más tener presentes otras de sus apreciaciones, reflexiones de las que hemos aprendido, porque cuando conocemos por primera vez al dúo solo tenemos ojos para la grandeza de la biblioteca, que sin embargo se va empequeñeciendo a medida que profundizamos en la persona, de ahí que cada vez seamos más quienes, siguiendo a su más dilecto discípulo, nos referimos a él como “maestro”. Mi contacto personal me permite llegar a la conclusión de que el

ideal de vida de Manolo se parece bastante al contenido de la *Epístola Moral a Fabio*:

“Un ángulo me basta entre mis lares,  
un libro y un amigo, un sueño breve,  
que no perturben deudas ni pesares,  
esto tan solamente es cuanto debe  
naturaleza al parco y al discreto,  
y algún manjar común, honesto y leve”

Por supuesto que utilizar el singular en el libro y en el amigo es solo porque se sobreentiende que en ambos casos tiene un sentido genérico, pues para Manolo ambos solo se conciben en plural.

A lo largo de la historia encontramos ejemplos de personajes ambiciosos o pobres de espíritu, egoístas o solidarios, pero todos se han planteado, y nosotros también, algún objetivo en su vida. Todos hemos generado, como Rousseau, algunas ensoñaciones, pero la verdad es que pocos saben situar en un plano concorde a la realidad esos sueños, y de ahí nacen una gran cantidad de frustraciones. Claro que más grave aún es el caso de quienes sin haber llegado a conseguir su objetivo creen estar situados en el lugar anhelado; este grupo abunda en mi profesión, son aquellos que creen descubrir continuamente campos de investigación inéditos, o imaginan que hacen grandes aportaciones al

campo de la Historia, sin darse cuenta de que se pueden contar con los dedos de ambas manos los historiadores capaces de innovar algo. He acuñado una calificación para su dolencia: sufren el "complejo Pierre Vilar".

Manolo carece de cualquiera de esos complejos. Sus virtudes no son teologales ni cardinales, pertenecen al ámbito del humanismo más universal, y están dirigidas, según sus propias palabras, a todos los "limpios de corazón". Recuerdo una de nuestras conversaciones acerca de la necesidad de mantener los pies en la tierra, y recurría a un ejemplo muy instructivo, no sin antes utilizar una frase recurrente en él: "A mí hay cosas que se me escapan" (no lo crean, lo dice para despistar). Su argumento era que siempre había reflexionado acerca de sus proyectos de vida, planteándose objetivos que estuviesen a su alcance, o que dispusiera de los medios para conseguirlos, y en consecuencia nunca se le ocurrió, teniendo en cuenta que había nacido en un pueblo del sur de España a finales de la II República, trazarse como objetivo llegar a ser astronauta de la NASA, porque sin duda su proyecto habría estado abocado al fracaso. A cambio, tomó otras decisiones de las que todos nos beneficiamos, y yo pienso que por fortuna no se propuso lo de navegar por el espacio, porque un hombre de su tenacidad siempre es imprevisible.

En consecuencia, le estoy agradecido por no querer ser astronauta, y desde aquí le envío mi abrazo en esta entrada de un año en el que va a hacer veinte que él cumplió los que algunos tenemos ahora. Y no dejemos de escuchar sus consejos, ni sus deseos, similares a los recogidos en la *Epístola* antes citada:

“Quiero, Fabio, seguir a quien me llama,  
y callado pasar entre la gente,  
que no afecto los nombres ni la fama”.

## 64 LIBROS

*A José Antonio Cerezo*

A finales de septiembre, coincidiendo con las "Jornadas sobre el Inca Garcilaso" en Montilla, los organizadores le pidieron a Manuel Ruiz Luque su colaboración para una exposición de libros de la época del Inca. Aceptó pero con una condición: solo serían 64 ejemplares. El dato no tendría más relevancia si no habláramos de libros impresos entre finales del siglo XV y el siglo XVII. En el *Catálogo* de dicha exposición, José Antonio Cerezo destaca que estábamos ante "la biblioteca posible de un imposible lector, nuestro Inca Garcilaso, los libros que pudo leer sin retenerlos, los que tuvo tal vez entre sus manos, los que buscó, tal vez, inútilmente". Poder ver aquellos libros nos remitía necesariamente a lo que no veíamos, a la biblioteca de Ruiz Luque, de cuyo fondo se exponían *solo* 64 libros.

En esa biblioteca, como también afirma Cerezo, lo importante no es lo que podemos ver sino lo que no se ve. Sí vemos a su propietario disfrutar con sus libros como aquel librero de Flaubert que "tomaba un libro, pasaba las hojas, palpaba el papel,

examinaba los dorados, la cubierta, las letras, la tinta, los pliegos..." e igualmente cuando muestra sus manuscritos y los mira "con amor y dicha". Escuchar a Ruiz Luque hablar de libros es el mejor alegato en defensa de la cultura impresa, es aprender a amar algo diferente —no digo que mejor— a ese soporte informático que se augura para el libro.

Pero quisiera traer aquí que esa biblioteca resulta también útil para un estudio del comportamiento humano, pues quizás en pocos lugares se manifiestan tan claramente las cuatro categorías de las que habla Carlo Cipolla: "los incautos, los inteligentes, los malvados y los estúpidos" (*Allegro ma non troppo*, 1991). Entre los primeros yo incluiría a quienes piensan que todos esos libros están a su entera disposición, e incluso no tienen reparo en pedir prestado *sine die* algún ejemplar singularmente raro; el resultado es que por supuesto ni se llevan ese ejemplar ni ningún otro. Los segundos actúan con el respeto que merece el esfuerzo y el trabajo de un hombre sensible capaz de reunir esos libros, para ellos Ruiz Luque tiene la deferencia de hablarles utilizando la primera persona del plural al referirse a los libros ("ya tenemos", "nos han enviado" o "hemos comprado"), y así les indica que tienen abierta la posibilidad de consultar esas obras. Los malvados constituyen un grupo más numeroso de lo que cabría pensar, están co-

roídos por la envidia, y Ruiz Luque los percibe de forma intuitiva y rápida, de manera que casi con seguridad jamás llegarán a pisar su biblioteca. Por último, los estúpidos son incapaces de comprender el valor (no material) de esos libros, no valoran una encuadernación, ni diferentes tipos de letra, ni la calidad de una impresión, creen que una biblioteca es un museo y se sienten defraudados porque allí encuentran, de nuevo con palabras de Cerezo, “silencio sacratísimo, desorden babilónico, ese aroma como amargoso que tienen los libros de calidad, el aire ascético, severo que desprenden las estancia donde solo hay lo necesario”. (Quienes conocen a Manuel Ruiz Luque, o su biblioteca, pueden recurrir al autoanálisis y encuadrarse en uno de los cuatro grupos de la citada tipología).

A veces me he preguntado cuál sería la biblioteca ideal de Ruiz Luque, qué ejemplares tendría, y estoy seguro de que en ella no primaría lo cuantitativo sino lo cualitativo, como corresponde a una persona que en una entrevista de la desaparecida Monserrat Roig respondía de esta manera: “La ignorancia es el conocimiento. Solo el que conoce sabe que ignora”. De forma tan socrática se expresaba quien asimismo tiene en común con el filósofo una sabiduría consistente en aprender de los demás, en preguntar no solo lo que desconoce, sino también lo que conoce, con el fin de comparar su

verdad con la de los otros. Gracias a esa actitud va dejando semilla, luego frutos, y es así cómo, en palabras de Emilio Lledó, “levanta sobre él el territorio de la cultura”.

14 de noviembre de 1993

## LIBROS

Por sorprendente que pueda parecer, hubo una época, en tiempos de Al-Hakam II, en la cual la ciudad de Córdoba se hizo merecedora (cito a Muñoz Molina) del calificativo de "capital de los libros", cuando aquel califa llegó a reunir en su biblioteca cuatrocientos mil volúmenes. En una obra del siglo XVIII, el eclesiástico Juan Gómez Bravo (poco sospechoso de simpatías hacia el Islam) reconocía que en aquellos años "Córdoba se transformó en Atenas o pudo competirla en sabiduría". No se trata de lamentar lo perdido, ni de añorar la ciudad que fue, pues entonces estaríamos situados en la posición que algunos autores han aplicado a otras grandes ciudades del pasado, como Joachim Riedl al describir la Viena imperial destacando que hoy es solo restos de la antigua metrópoli, es decir, "fachadas, huecos de ventanas, locales públicos llenos del doloroso recuerdo de un tiempo que se cree perdido, pero que realmente nunca existió tal como aparece en su feliz memoria. Incluso el pesimismo es una quimera: esquizofrenia nostálgica". La historia ofrece ejemplos de ciudades que fueron centro, y hoy son periferia, así como de grandes bibliotecas que dejaron de existir, como ocurre con

los casos destacables de Alejandría, o aquella acción simultánea llevada a cabo por el Emperador chino Shih Huang Ti, pues levantó la Gran Muralla y al tiempo ordenó destruir todos los libros anteriores a su época.

El libro, y por extensión la palabra escrita, no ha tenido siempre idéntica consideración. Solo cuando leer se convierte en un ejercicio de voluntad, y sobre todo, en un acto de libertad individual a través del cual aprendemos sobre el mundo que nos rodea, pero también sobre nosotros mismos, solo entonces el libro empieza a ser valorado de manera especial. Según Mallarmé, el mundo existe para un libro, y según Bloy no somos sino versículos o palabras de un libro mágico, recogía Borges, y añadía que "ese libro incesante es la única cosa que hay en el mundo: es, mejor dicho, el mundo". En un ejercicio de memoria individual, quizá muchos recordemos la importancia de libros en nuestra vida. En mi caso particular, hay momentos que identifico con un libro muy concreto, con lomo de piel, letras doradas y editado en papel biblia por Aguilar: las *Obras Completas* de Federico García Lorca. Cada vez que ahora hojeo ese libro se despiertan en mí recuerdos sobre lugares, momentos o anécdotas de mi vida.

Claro que una cosa es tener algún libro en tu memoria y otra distinta saber de ellos. Todo aquel que desea aprender necesita un maestro, pues no siempre es suficiente con el atractivo que algo ejerza sobre nosotros. A veces se aprende —hemos aprendido— de manera autodidacta, y alcanzamos un determinado nivel con dificultad, gracias al tesón y la perseverancia. No obstante, hay quien, sin haber tenido maestros, ha alcanzado tal categoría, y ello es valioso no solo para él, sino sobre todo para quienes nos convertimos en sus discípulos. En asuntos de libros, mi amigo Cerezo y yo compartimos al maestro Ruiz Luque, a quien agradecemos su disposición a desarrollar con nosotros su peculiar labor docente, y en ella le reconocemos la *auctoritas*, entendida como “persona que merece tomarse por autoridad, modelo o ejemplo”. Hace unos días recibimos una de sus clases, después de que nos hiciera una singular invitación, imposible de rechazar por otra parte: “abrir cajas de libros”. Vimos, tocamos, y hojeamos diversidad de ejemplares, encuadernaciones y manuscritos. Cómo habían llegado hasta él, o de dónde procedían, no importaba; allí estaban, podíamos tenerlos en nuestras manos, e iban a contribuir al enriquecimiento de una biblioteca que hoy día es el patrimonio cultural más importante de Montilla (le pese a quien le pese).

Nunca volveremos a tener la biblioteca de Alhakam II, pero sí está la del maestro Ruiz Luque, quien debe conocer que a través de sus libros está en camino de saber algo tan importante que merece ser expresado con palabras de Borges: "Ser inmortal es baladí; menos el hombre, todas las criaturas lo son, pues ignoran la muerte; lo divino, lo terrible, lo incomprensible es saberse inmortal".

6 de abril de 1996

## LIBROS INSÓLITOS DE RUIZ LUQUE

Entre los días 23 y 30 de abril se ha desarrollado en Málaga una exposición bibliográfica que, amén de contar con un número elevado de visitantes, ha dado como fruto un *Catálogo* con las 107 obras allí expuestas, procedentes de la biblioteca del montillano Manuel Ruiz Luque. De todas ellas se reproduce la portada o alguna página significativa, así como un comentario bibliográfico, con referencias cruzadas de expertos bibliógrafos, realizado por José Antonio Cerezo. Como se expresa en el título (*Ciudades y pueblos de Andalucía*), el objetivo era ofrecer una muestra de obras que tienen como referente distintas localidades andaluzas. Todas las provincias están representadas, si bien hay mayor peso de Málaga (por ser el lugar donde se ha celebrado la exposición) y de Córdoba, en especial de Montilla. El ámbito cronológico abarcado es de 1521 a 1927.

Casi todos los ejemplares, dice Cerezo, son “libros singulares, muchos de los cuales se exponen por primera vez”. Para comprender esa singularidad, y lo insólito de la muestra, baste con algunos ejemplos. En esa categoría estarían todos los ma-

nuscritos, destacando el que figura en la cubierta del catálogo: *Historia y Fundación del muy insigne Convento de Santa María de las Cuevas*, de 1655; del año 1527 son unas rarísimas *Ordenanzas de Sevilla* que, según Hernando Colón, ya era difícil de conseguir en 1528; de 1568 son unas *Recomendaciones* a los confesores del obispo de Córdoba, Rojas y Sandoval, siendo esta la primera vez que se cita en esta edición, pues hasta ahora siempre se había considerado como primera la de 1569; en cuanto al *Privilegio* concedido a la villa de El Mármol, de 1577, se trata de uno de los primeros, y pocos, impresos en caracteres góticos de Madrid, y solo se hicieron cuatro ejemplares (hay dos en la biblioteca Ruiz Luque). La obra de Vaca de Alfaro sobre la *Vida y martirio de... Santa Marina...*, impresa en Córdoba en 1681, es un libro "raro entre raros", y en cuanto a la obra de Gabriel José de Arriaga, impresa en Montilla en 1628, sobre las *Fiestas que celebró la noble villa de Baena...*, fue incluida por Simón Díaz entre los "libros a buscar", después de haber visitado todas las bibliotecas europeas. Un comentario parecido podríamos hacer de los libros de Martín de Roa, Rodrigo Caro o Juan de la Cueva.

Conviene que nos fijemos en los impresores de los libros, así veremos aparecer a Jacobo Cromberger, Juan René, Claudio Bolán (estos dos últimos

impresores de los primeros libros malagueños) o ya en fechas más cercanas Enrique Rasco (creo que la biblioteca contiene toda la obra de este impresor). Igualmente, no hay que perder de vista a los grabadores, entre los cuales cabe citar a Ana Heylan, hija de Francisco Heylan, y asimismo la obra de Fernando de la Torre Farfán, que tiene como grabador a Matías Arteaga, pero con láminas "ideadas por Murillo y Velázquez".

En lo referente a Montilla, destacar el manuscrito de 1776 de Antonio Jurado y Aguilar: *Ulia ilustrada y fundación de Montilla...* Asimismo, el *Panegírico por la poesía*, de Fernando de Vera y Mendoza, de 1627, cuyo impresor es Manuel de Payva (sin duda dueño de una imprenta ambulante), que se puede considerar como la primera obra en que se hace un esbozo de crítica literaria, pues la obra de Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*, es de 1648. También en Montilla se imprimió la obra de Manuel Ramírez de Carrión, en 1629: *Maravillas de Naturaleza...*, un ejemplar rarísimo, ya citado por Nicolás Antonio, aunque con algunos errores.

Hasta aquí esta breve cata en el contenido de esa exposición, que a su vez no es sino un fragmento de una gran biblioteca, en la cual no solo destacan los libros, sino también el factor humano, representado en la persona de su propietario, Ma-

nuel Ruiz Luque, autor de un obra por la que no cabe sino expresarle, como hace Carmen Calvo en la presentación, "admiración por haber cumplido su destino, marcado desde el inicio por esa pasión por los libros con la cual hoy nos deleitamos".

*Cuadernos del Sur*, 15 de mayo de 1997

## BIBLIÓPOLIS

Borges nos contó, en *El Acto del Libro*, la historia de un libro mágico donde estaban registrados “de manera profética los hechos y palabras de un hombre desde la edad de cincuenta años hasta el día de su muerte, que ocurriría en 1614”. Aquel libro desapareció en una conflagración ordenada por un cura y un barbero, y sin embargo el hombre que lo tuvo en su biblioteca no lo leyó nunca, aunque cumplió su destino, hasta el punto de que “su aventura ya es parte de la memoria de los pueblos”.

La imaginación borgiana nos hablaba del cumplimiento de un destino señalado por alguien ajeno al personaje, pero lo sorprendente es cuando nos encontramos con individuos capaces de forjar su destino. Ese es el caso del montillano Manuel Ruiz Luque, como escribió sobre él una amiga común, añadiendo que “unió su destino al alma de los libros y supo desde muy temprano que en ellos estaba su propio espíritu, no fue casual el encuentro total de mi amigo y los libros, sino causal”. Hace ya bastantes años que tuve la fortuna de conocerlo y de pertenecer desde entonces al grupo de sus amigos, ninguno de los cuales somos capaces de concebirlo sin ese nexo tan particular y tan espe-

cial que ha llegado a establecer con los libros. Quienes están en contacto con el mundo del libro se refieren a él como el bibliófilo montillano, aunque incumple una de las características fundamentales de la especie, puesto que es generoso, tal y como se dice de él en una reciente dedicatoria, e incluso cabría añadir que se trata de una generosidad que va más allá de lo material, trascendiendo a unos valores humanos que son rasgo fundamental de su personalidad.

En su biblioteca ha dejado inscrita su biografía. Cada uno de los ejemplares que la componen, al menos los más significativos, tienen una historia detrás, que además Manolo conserva y narra magistralmente, sin duda porque al mismo tiempo nos está explicando su vida. Quien no lo conozca se hará una idea de su personalidad si desvelo aquí que sólo ha sentido envidia de una persona en su vida: de Hernando Colón, porque tuvo la posibilidad de reunir todos los libros editados en su época. Montilla pertenece por derecho propio a la geografía del vino, y ahora, gracias a Manolo, está en disposición de entrar también en otra aún más universal, la del libro. La ciudad tiene planteado ahora el compromiso moral de devolverle todo lo que él ya ha hecho por ella.

*Comarcas, 29 de septiembre de 1998*

## UNA GESTA DEMOCRÁTICA

La historia local, entendida como historia de una ciudad, es tan antigua como la propia disciplina, pero algunos de sus elementos metodológicos se fraguaron con el Humanismo. Fueron los humanistas quienes consideraron imposible ignorar lo que se atesoraba en el subsuelo de las ciudades, de ahí su interés por materias como la arqueología y la epigrafía, e igualmente definieron una determinada manera de mirar hacia el pasado: o bien éste había sido glorioso (como el de Roma) y en consecuencia debía ser emulado, de ahí la *emulatio*, o bien había que lamentar la pérdida de ese momento de esplendor. Así surgió una historia en la que predominaba el elogio hacia la ciudad (*laus urbis*), en unos casos hacia los restos del mundo clásico (*monumenta* o *vestigia*) y en otros hacia los antepasados o varones ilustres. Esos elementos, junto a los que luego sumaría la historiografía ilustrada del siglo XVIII, configuraron las historias locales de los dos siglos pasados, tan abundantes en las ciudades y pueblos andaluces.

En los últimos veinte años, la historiografía local ha crecido en términos de progresión geométrica. No deja de tener sus deficiencias, por ejemplo

la falta de profesionalidad entre algunos de los que la realizan o la dispersión de las investigaciones, como ha señalado recientemente F. Sevillano al expresar este problema con el símil de las "mesas separadas" (tomado del politólogo G. Almond): "los comensales de una mesa representan un grupo y conversan entre sí, pero ignoran las conversaciones que tienen lugar en otras mesas". Sin embargo, también existe una historia local en la cual se han superado algunos de los errores metodológicos que le habían afectado durante tantos años, gracias al recurso a los estudios comparados y sobre todo porque se intenta superar la antigua dialéctica entre lo particular y lo general. No obstante, la historia local no se puede elaborar sin conocer la que se hizo en otros momentos, y desde esta perspectiva resulta especialmente valioso el trabajo de quienes han dedicado su esfuerzo a recopilar las historias locales. En Andalucía destaca el caso del montillano Manuel Ruiz Luque, en cuyo pueblo, con el apoyo unánime de la corporación municipal, se ha constituido una Fundación que lleva su nombre y que acogerá su biblioteca. La historia de Montilla no podrá escribirse a partir de ahora sin hacer mención a la personalidad de este bibliófilo que ha sido guía y colaborador para muchos investigadores (aunque siempre hay quien, tras haber trabajado en su biblioteca, no cita en su investigación la procedencia de la documentación utilizada:

eso, en términos académicos, se llama falta de rigor intelectual). El viernes pasado, una organización local, la centuria romana "Munda", le tributó un merecido homenaje; la invitación a participar en el mismo me permitió expresar una opinión ya expuesta en este diario, cual es que Montilla pertenece por derecho propio a la geografía del vino y que desde ahora también queda incluida en la del libro. Ha sido el primer reconocimiento en Montilla, por parte de sus paisanos, a alguien que hace ahora un año fue distinguido por el Gobierno andaluz con la medalla de Andalucía, el máximo reconocimiento de nuestra Comunidad Autónoma.

La consejera de Cultura, Carmen Calvo, amiga personal de Manuel Ruiz Luque, calificó en una ocasión su labor con la expresión que da título a este artículo, es decir, como una auténtica gesta democrática, pues así se puede considerar, dijo, "el haber preservado para bien público de los montillanos y de los andaluces, todos los volúmenes, los documentos y la memoria enterrada en una biblioteca que desde Montilla estará a disposición del resto del mundo". En definitiva, una manera de llegar a lo universal desde lo particular. Cuando la biblioteca esté en funcionamiento en su sede, sus amigos podremos demostrar que a través de los libros Manolo ha contribuido, como afirma García Márquez de la música de Pablo Milanés, a "derro-

tar por fin... el disparate bíblico de la torre de Babel".

19 de febrero de 2002

## UN REPERTORIO NECESARIO

En el año 1979, con el título de *Borges oral*, apareció un volumen que recogía las clases impartidas por el autor argentino en la Universidad de Belgrano, y para las cuales eligió cinco temas: el libro, la inmortalidad, Emanuel Swedenborg, el cuento policial y el tiempo. En todos los casos encontramos propuestas sugerentes, aunque razones de espacio me obligan a ocuparme sólo del primero de los temas, el libro, calificado por Borges como el más asombroso de todos los instrumentos del hombre. Explica cómo los antiguos, incomprensiblemente, no profesaban el culto al libro, porque sólo veían en él un sucedáneo de la palabra oral, y cita como ejemplo a aquellos grandes maestros de la humanidad que han sido maestros orales, hasta el punto de que algunos dieron paso al nacimiento de religiones de gran importancia, como Cristo o Buda. Sin embargo, desde Oriente llegó un concepto nuevo, el del libro sagrado, es decir, la creencia en que es una obra divina. Pero luego sería reemplazado por otras creencias, como es la de que cada país tiene un libro que lo representa, y señala Borges la curiosidad de la elección de individuos que no se parecen demasiado a la mayoría de su país. Así, sobre Cervantes y España dice: "Cervantes es un

hombre contemporáneo de la Inquisición, pero es tolerante, es un hombre que no tiene ni las virtudes ni los vicios de los españoles". Trata luego acerca de algunos autores que, según él, han dejado páginas memorables acerca del libro, para llegar, entre otras, a la conclusión de que "el libro es una de las posibilidades de felicidad que tenemos los hombres".

Algunos, a pesar de otros, todavía mantenemos hoy esa idea borgiana, y seguimos profesando un verdadero culto al libro. Para que esto pueda ser así, son necesarias personas que estudien la producción escrita, y que asimismo realicen una tarea previa cual es la de localizar un conjunto de obras que luego nos ofrecen en forma de repertorio, palabra que entre otras acepciones posee la siguiente: "Colección o recopilación de obras o de noticias de una misma clase". Recordemos que en el ámbito cordobés disponemos de dos obras fundamentales, cosa que no es frecuente en otras provincias, una la de José María Valdenebro: *La Imprenta en Córdoba. Ensayo bibliográfico* (1900), otra la de Rafael Ramírez de Arellano: *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba* (1921).

Sin embargo, en nuestro país faltaba un repertorio donde se recogiera la producción sobre un

tema que provoca reacciones muy diversas, me refiero al de la erótica, y esa es la labor realizada por mi querido amigo José Antonio Cerezo al reunir un conjunto de libros que poseen como tema común el de la erótica. En concreto se trata de la obra *Literatura erótica en España. Repertorio de obras, 1519-1936* (Ollero y Ramos: 2002). Las páginas introductorias son algo más que una guía sobre el catálogo que sigue, ya que nos ayudan a comprender una serie de cuestiones metodológicas que el autor ha tenido que resolver a la hora de enfrentarse con este tema. Baste señalar, para demostrar la importancia del trabajo realizado, que además de todas las bibliotecas españolas importantes (entre ellas las de nuestro querido maestro, Manuel Ruiz Luque), aparecen también Bloomington, Évora, Florencia, Lisboa, Londres, Nápoles o Rávena. El resultado de ese esfuerzo se concreta en 815 entradas (más los apéndices), donde además de los aspectos técnicos encontramos un conjunto de consideraciones y comentarios en los cuales se refleja la sutileza del autor, de tal manera que quienes lo conocemos pensamos que nadie, excepto él, podría haber realizado una obra sobre esa temática, si bien es cierto que a veces pone en aprieto a ciertas personas, como ocurrió hace unos años durante la presentación de una obra colectiva en la que ambos participábamos, cuando la persona encargada de hacerla, al llegar a la colaboración de Cerezo sólo fue capaz

de decir que en ella José Antonio se ocupaba “de un tema de su especialidad”.

2 de julio de 2002

## EL "VALDENEBRO"

El genio que sale de la lámpara y nos pide que le formulemos tres deseos no existe, pero sí es posible que alguien nos pregunte por qué tres bibliotecas seleccionaríamos. En lugar de recurrir a una respuesta objetiva, yo me inclinaría por una vertiente más personal. Primero citaría la biblioteca de mi infancia, la del recuerdo, la de mi pueblo, que hoy lleva el nombre del escritor Juan Soca, y en la cual un grupo de amigos descubrimos el placer de la lectura, aprendimos a consultar de un volumen a otro en la búsqueda de datos o alguna información, sin necesidad de recurrir a las enciclopedias, aunque también nos perdíamos entre las estanterías para ojear un libro sobre Julio Romero de Torres, con reproducciones de sus cuadros, y siempre nos deteníamos atentamente en el mismo: *Naranjas y limones*. Al fin y al cabo, la biblioteca es la vida, el mundo, como años después comprendí al leer a Borges, a quien debo la segunda de las bibliotecas, repartida por toda su obra literaria, pues como él mismo explica en su poema "Alejandría, 641 A.D.", la labor del género humano ha sido la Biblioteca: "Dicen que los volúmenes que abarca/ Dejan atrás la cifra de los astros/ O de la arena del desierto. El hombre/ Que quisiera agotarla perdería/ la razón y los ojos temerarios"; las citas sobre

los libros en su obra serían interminables, porque, como afirma en *El libro de Arena*, "ni el libro ni la arena tienen ni principio ni fin". De esa biblioteca borgiana, ideal y literaria, pasaría en tercer lugar a otra real, concreta, la de mi maestro Manuel Ruiz Luque, de quien no termino nunca de aprender cosas nuevas sobre el mundo del libro; se trata de una biblioteca a través de la cual se podría elaborar una biografía del individuo singular que la ha formado, y con quien todos los andaluces tenemos contraída una deuda por haber sido capaz de conservar un patrimonio tan importante, pero especialmente todos los montillanos (también los que lo somos de adopción) le deben (debemos) agradecimiento permanente.

A esas tres bibliotecas podría añadir otras, pero me quedo con una que se halla en construcción, me refiero a la "Biblioteca de Textos Recuperados", una de las secciones en que agrupa sus publicaciones la Diputación de Córdoba. La denominación fue un feliz hallazgo del diputado Alberto Gómez, y dentro de ella aparece la edición de una obra en facsímil cuyo autor es José María Valdenebro y Cisneros: *La imprenta en Córdoba*. Publicada en el año 1900, en el Establecimiento tipográfico de los sucesores de Rivadeneyra, obtuvo el premio de la Biblioteca Nacional en 1896. El autor la dedica a la ciudad de Córdoba, y en la introducción señala:

“Bien sé que este *Ensayo* no es una obra completa y definitiva, entre otras causas, porque en la bibliografía nunca se llega a la perfección”. Indica también que después de meditarlo seriamente no se decidió a incluir referencias de los periódicos publicados en Córdoba, y lamentablemente, cuando ha transcurrido más de un siglo, todavía no disponemos de esa obra de referencia sobre la prensa cordobesa, a pesar de los estimables trabajos de Antonio Flores. Termina con una acertada cita de Tomás Muñoz Romero acerca de la ignorancia que aqueja a quienes desprecian ese género de libros tan particular, el de los repertorios bibliográficos. El libro de Valdenebro reúne un total de 2.339 fichas bibliográficas, comprendidas entre 1556 y 1896. Incluye también las hojas volantes impresas por Luis de Ramos y Coria y las de Rafael García Rodríguez y Cuenca, todas de comienzos del siglo XIX. También resulta de interés la noticia que da acerca de los impresores y libreros de Córdoba, de los cuales incluye en muchos casos sus correspondientes escudos tipográficos. El “Valdenebro” es hoy una obra de consulta imprescindible para cuantos se acercan a la historia del libro, es decir, de la cultura en Córdoba. La citada edición facsímil, realizada a partir de un ejemplar de la Biblioteca “Manuel Ruiz Luque”, se presenta esta noche, a las ocho, en la Diputación Provincial.

10 de diciembre de 2002

## A LA NUEVA CORPORACIÓN MONTILLANA

Una parte de mi biografía se construyó durante los tres años que viví en Montilla entre 1979 y 1982. Aquella experiencia contribuyó a que desde entonces me sienta unido a esa población, aunque ya no sea montillano de derecho, pero algunas de las personas que conocí allí son hoy mis amigos, es más, se encuentran entre los mejores, y son mi vínculo con la “hermosa ciudad campiñesa”, como diría Díaz del Moral. Asimismo, dentro de mis posibilidades he colaborado en diversos proyectos con el ayuntamiento de Montilla, entre otras cosas por los buenos recuerdos de la actividad cultural, abierta y participativa, desarrollada en aquella primera etapa de los ayuntamientos democráticos, cuando el actual alcalde, Antonio Carpio, desempeñaba la delegación de Cultura. Por estos motivos me siento legitimado para dirigirme a la nueva Corporación, pero conste que cuando escribo estas líneas aún desconozco el resultado de las elecciones, y este artículo llegará a la redacción del diario antes del cierre de los colegios electorales.

He hablado de mis amigos de Montilla, y quien me conoce sabe que entre ellos se encuentra Manuel Ruiz Luque, con el cual mantengo deudas intelectuales, pero de quien sobre todo he aprendi-

do dónde residen los verdaderos valores humanos. En 1989, con motivo de un seminario que coordiné sobre la segunda guerra mundial, me puse en contacto con la escritora Montserrat Roig para proponerle su participación y que hablara sobre un tema que ella había investigado, la presencia de españoles en los campos de exterminio nazis. Me contestó que aceptaba a condición de que le concertara alguna entrevista para una serie que publicaba en el dominical de *El Periódico*, aunque debía ser alguien desconocido para el gran público y con una personalidad singular, especial. No dudé. En nuestra primera conversación telefónica le hablé de un bibliófilo residente en Montilla, propietario de una biblioteca construida a partir del esfuerzo, del tesón y de la voluntad de alguien que parecía haber nacido para estar vinculado a los libros. Aceptó encantada, la realidad que conoció en su visita a Montilla superó mi descripción y su entrevista se publicó el 7 de enero de 1990. En ella, la novelista le decía: "Usted es un andaluz peculiar. Debería ser más conocido. Pero ni es torero ni baila". Y a partir de ahí, en un delicioso encaje de preguntas y respuestas, se ponen de manifiesto las ideas de mi amigo sobre los libros y su mundo, la lectura y su papel en la sociedad actual, la actitud intelectual y el deseo de aprender. Lo cierto es que la novelista catalana se marchó entusiasmada con la personalidad de aquel montillano, de quien acabó

convertida en una excelente amiga, como no podía ser menos, dada la condición de seductor (en el mejor sentido) de Manolo.

La biblioteca ha aumentado, también el reconocimiento público a quien supo crearla. Como prueba de ello en 2001 se le concedió la medalla de Andalucía, la máxima distinción que otorga nuestra Comunidad, que de esta manera reconocía su labor en defensa del patrimonio de nuestra tierra. Además, están los homenajes recibidos por parte de diversas instituciones y sociedades, que no es necesario citar. La Corporación montillana que ahora se encuentra ya en funciones tomó por unanimidad una sabia decisión, cual fue la creación de una Fundación con el fin de albergar y custodiar la biblioteca, sin escatimar esfuerzos ni medios, algo que en el futuro agradeceremos todos los ciudadanos. A quienes estos les hayan dado su confianza el pasado domingo, quisiera pedirles que dieran otro paso adelante, que promuevan un reconocimiento público a Manuel Ruiz Luque en su pueblo natal, merecido por la difusión permanente que hace del nombre de Montilla, y porque la parte fundamental de una ciudad reside en las personas que la habitan. Apelo a la sensibilidad de los nuevos munícipes montillanos para que Manolo sea reconocido como Hijo Predilecto.

27 de mayo de 2003

## ¿ZORRO O ERIZO?

Como es bien sabido, no se deben abrir los correos electrónicos de procedencia desconocida. Desde que me convertí en usuario de Internet, he cumplido esa norma (aunque ello no me ha evitado la llegada de virus), sin embargo el otro día recibí uno al que no me pude resistir, puesto que en el asunto decía: "Manifestación de apoyo a Don Manuel Ruiz...". Lo abrí y me encontré con un mensaje en el que se pedía la participación de los béticos en una concentración a favor de su presidente, es decir, era un llamamiento en defensa de Manuel Ruiz Lopera. Mi interés no radica en que sea seguidor del equipo verdiblanco, que no lo soy, sino porque pensé que se trataba de expresar apoyo a mi querido amigo Manuel Ruiz Luque, el bibliófilo montillano que ha hecho del culto a los libros una forma de vida en la que algunos, con escasa fortuna, aspiramos a imitarlo, de ahí su condición de Maestro.

Aquel correo me da pie para hablar aquí de mi amigo, de su biblioteca y de su pasión por el libro. Muchas veces le he oído contar una anécdota relacionada con la manera en que un ejemplar muy querido por él llegó a sus manos. Hace ya años, supo que un conocido bibliófilo lo tenía, así que ni

corto ni perezoso, y lleno de ímpetu juvenil, se dirigió a él para pedirle que se lo vendiera. Entonces aprendió la primera lección de todo buen bibliófilo: nunca vende sus libros; sin embargo le prometió que si algún día decidiera desprenderse de él, que no se preocupara, porque le avisaría. Pasó el tiempo, el bibliófilo murió y sus hijos no querían mantener la biblioteca; Manuel Ruiz se enteró y fue al librero encargado de vender algunos lotes de aquellos ejemplares. En el conjunto de los que encontró en los anaqueles, estaba el libro que él tanto deseaba, así que compró varios, entre los cuales, como uno más, como si no tuviera interés, como sin darse cuenta, iba el ejemplar soñado. Aquel libro no hizo el viaje por correo, vino con él, en mano. A los pocos días recibió una llamada telefónica del librero con la propuesta de recompra del libro, pero tal y como aprendió en su momento, su respuesta fue que un bibliófilo no se desprende de aquello que ama. De esa manera se cumplió, en cierta forma, lo prometido. Pero lo relevante de la anécdota es la perseverancia que Manuel Ruiz es capaz de exhibir cuando de cuestiones librescas se trata.

Cabría preguntarse si su estrategia es la del zorro o la del erizo. Tomo esa comparación del título de un libro de Stephen J. Gould, donde explica la necesidad de la relación entre ciencias y humanidades a través de la comparación entre esos dos ani-

males. Recoge lo dicho por Arquíloco, citado luego por Erasmo, acerca del contraste entre ambos: "El zorro plantea muchas estrategias, el erizo conoce una sola, grande y efectiva". Al final del libro llega a la conclusión de la necesidad de armonizar ambos métodos, lo que denomina "consiliencia", es decir, conjunción de los dos, pues piensa lo siguiente: "¿Qué puede ser más poderoso que combinar la virtud de un objetivo claro que se busca con afán, de forma inexorable y sin compromiso (la manera del erizo), y la flexibilidad de una amplia gama de estrategias hábiles y distintas para llegar al lugar señalado, de manera que alguien o algo consiga pasar, sea cual sea la vigilancia y la resolución de un enemigo (la manera del zorro)?" Por cómo se acerca a los libros, Ruiz Luque ha sido zorro y erizo, ha combinado de forma adecuada las estrategias para reunir una gran biblioteca. Dentro de muy pocos días, y gracias al esfuerzo del ayuntamiento de Montilla, podremos visitarla y consultar sus fondos, como siempre hemos hecho, pero ahora en unas condiciones inmejorables, tal y como merece lo que pronto será un centro de investigación de referencia imprescindible en nuestra Comunidad.

30 de mayo de 2006.

## COSAS QUE DIJE

El Instituto de Cabra posee un patio de cristales donde se celebran actividades culturales y académicas. En mi recuerdo forma parte de uno de los espacios de memoria que llenaron mi infancia y mi juventud. Por ello me resultó tan grato participar el pasado viernes en el acto académico por el que se reconocía como alumno benemérito al matemático egabrense Antonio Durán y como alumnas beneméritas a dos mujeres que realizaron sus estudios en los años treinta del pasado siglo, Carmen Guzmán y Antonia Mesa. La designación de colegial de honor recayó en el bibliófilo montillano Manuel Ruiz Luque, mi amigo y maestro, a quien tuve el honor de presentar en el acto, de manera que a partir de ahora alguien tan querido queda vinculado a través de ese lugar a mis recuerdos. Recojo aquí algunas de las cosas que dije la otra noche, otras muchas me las callé entonces y ahora, unas porque no era el momento ni el lugar, otras porque forman parte del mundo que con él compartimos en exclusiva sus amigos.

Manuel Ruiz Luque, aunque de profesión fotógrafo, de pasión es bibliógrafo y bibliófilo. De formación autodidacta, cuando aún era muy niño

comenzó a trabajar junto a su padre con el fin de poder mantener a la familia, y entonces conoció el mundo del papel impreso, empezó a guardar todo cuanto caía en sus manos. Cada papel que recogía tenía para él un sentido, porque desde un principio era consciente de que, como explicó en una ocasión siguiendo un proverbio chino, para dar un millón de pasos hay que dar el primero. Y así, paso a paso, como todo buen caminante, reunió una biblioteca fabulosa, que durante años llenó varias estancias de su casa y de otros espacios, y en la cual su querida esposa Mari un buen día renunció a toda posibilidad de verla limpia de polvo. Esa labor tuvo su máximo reconocimiento en 2001, cuando la Junta de Andalucía le concedió la Medalla de nuestra Comunidad, pues se valoró que había constituido “un verdadero tesoro para Montilla, un patrimonio cultural para Andalucía y un legado para la Humanidad”. Al año siguiente se formalizó de manera definitiva la Fundación Biblioteca Manuel Ruiz Luque, fruto de su aportación y de la del Ayuntamiento montillano, quien cedió a la Fundación el inmueble de la Casa de las Aguas que hoy día, y tras una remodelación singular, se ha convertido en la sede de la Biblioteca.

En Montilla todos se dirigen a nuestro bibliófilo como Manolo, e incluso hay quien le dice Manolín. De entre sus libros, cuando le preguntan, él

destaca todo lo referente a Montilla. Cuenta José Antonio Cerezo que en una ocasión fue capaz de cambiar una edición *princeps* del *Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam por una "vida" de san Francisco Solano, algo que pasará a los anales de la bibliofilia. En mi opinión, también valora de forma especial las obras del editor Enrique Rasco, de las que ha reunido, sin duda, la mejor colección de Andalucía. En 1995 un grupo de amigos quisimos hacerle un regalo especial: un libro, escrito, compuesto y editado por nosotros, y lo más importante: hecho en Montilla sin que él lo supiera. Acudimos a su pueblo un día para hacerle entrega del obsequio. Cada uno con su ejemplar y otro para él, sólo por el placer de verlo "sufrir" porque tenía tantos ejemplares como cada uno de nosotros. No sabemos explicar cómo ocurrió, pero al final de la jornada, sólo él tenía libro, y luego recibimos un ejemplar, bellamente encuadernado, como regalo suyo. Así es Manolo. No obstante, debo añadir lo último que le dije la otra noche en el Instituto de Cabra: que sus amigos varones envidiamos lo guapo que sale siempre en las fotos y cómo encanta a todas las mujeres que lo conocen.

5 de diciembre de 2006

## DE LIBROS Y LECTURAS

El pasado viernes respondí a la convocatoria de la Fundación Biblioteca Manuel Ruiz Luque para acudir a la presentación de la colección de facsímiles que la editorial Extramuros realiza a partir de una selección de ejemplares de la citada institución. Se habló de libros, del proceso tecnológico al que se han visto sometidos desde la aparición de la imprenta hasta la actualidad, de los miedos en algunos sectores acerca de la posible desaparición del libro tal y como nosotros lo concebimos, frente a los nuevos soportes informáticos que garantizan disponer de cientos de ejemplares, que además podemos transportar con facilidad allá donde vayamos. Muchos de los que allí nos encontrábamos, y en especial la persona que hacía posible el acto, Manuel Ruiz Luque, somos partidarios de mantener el soporte de papel, tanto en lo referente a las novedades como a las ediciones facsimilares, que facilitan el acceso a ejemplares raros que de otro modo no estarían al alcance de muchos. Porque otra cuestión que se reiteró en el espléndido marco del patio de la casa de las Aguas montillana, sede de la Fundación, fue la de la democratización de la cultura, la expansión del saber, lo cual no es sino una vieja herencia del pensamiento ilustrado, de-

fensor de una extensión del conocimiento como único medio capaz de garantizar el acceso a la felicidad.

Un libro puede ser un objeto de gran belleza, que algunos hemos sabido apreciar de la mano de ese gran maestro que es el montillano Manuel Ruiz Luque, fuente de saber en todo cuanto rodea al mundo del libro. Pero más allá de su aspecto formal, en los libros también buscamos su contenido, nos permiten conocer el mundo de las ideas, el de la ciencia o el de los sentimientos, y por supuesto para algunos de nosotros son el instrumento con el que, por fortuna, nos vemos obligados a trabajar. Por ello resultaba sorprendente la información que ese mismo día este diario destacaba como tema del día acerca de los índices de lectura entre el profesorado universitario cordobés. Lo que me llamó la atención no fue solo el dato de que a lo largo del año sólo se leyeran, por término medio, 8,62 libros no profesionales, sino que de aquellos que en teoría tenían que ver con su actividad profesional sólo se alcanzaba la cifra de 12,59. Cualquiera que haya realizado un trabajo de investigación sabe que para llevarlo a cabo es necesario leer un mínimo de libros que supera esa cantidad. También hay que decir que este tipo de datos, basados en encuestas, hay que ponerlos a veces entrecomillados, al menos mientras no se conozcan, como es mi caso,

todos los entresijos del procedimiento utilizado en su realización. Por otro lado, tengo bastantes amigos, profesores de la Universidad de Córdoba, que superan con creces esos datos que se publicaron el viernes.

No obstante, cuando leí la información periodística, no puede evitar recordar que hace unos años escuché a un profesor universitario (imagino que aún lo es) afirmar ante un grupo de personas, y lo hizo sin rubor, que él era “de natural ágrafo”, lo cual no dejaba de ser extraño en alguien a quien se supone que al estar en el ejercicio de una función pública los ciudadanos le pagamos para que imparta docencia pero también para que investigue. Quien no escribe es que tampoco lee, y así, entre aquellos que leen mucho más de esos porcentajes medios y aquellos otros que sólo conocen los libros por el lomo y por haber captado algún comentario o leído alguna reseña, resultaría posible explicar esos pobres resultados. Si bien los datos de Córdoba están por debajo de la media de las universidades andaluzas, los resultados no son muy distintos a los de las demás, pero por una vez acudamos al refrán: mal de muchos...

22 de enero de 2008

## EL DESTINO DE UN LIBRO<sup>4</sup>

Esta semana se cumplen dos años desde que reinicié mi colaboración en este diario con una serie que lleva por título genérico *Reincidencias*. Quizás sería más correcto que utilizase reiteraciones, pues puede parecer que sólo pretendo insistir en algunos de mis errores o de mis defectos. Pero cuando elegí aquella palabra, tras repasar mis colaboraciones de las series denominadas *Café solo* y *Memoria feliz*, así como otras anteriores sin denominación común, fue porque observé que siempre me ocupo de temas que, sobre todo, tienen que ver con la política, la historia, los recuerdos o la amistad. En relación con esto último hubo quien en una ocasión le manifestó a un conocido que le parecía mal que me dedicara a contar cosas sobre mis amigos en los artículos, es más, pensaba que era un error. Como no estaba dispuesto a dejar de cometer esos "errores" fue por lo que me decidí por reincidir, es decir, quise insistir en aquellas mismas cuestiones que había tratado durante años.

---

4 El episodio al que hago referencia en este artículo es el mismo que cité en "¿Zorro o erizo?", pero ahora, dos años después, disponía de una copia de la carta del bibliófilo.

Esta especie de nota introductoria tiene una justificación, y es que hoy vuelvo a hablar de un amigo, de alguien a quien he citado en mis artículos bastantes veces, y a quien no es la primera vez que le dedico estas líneas, si bien las de hoy están basadas en una decisión de este diario, pues hace unos días, cuando dio a conocer quiénes serían los cordobeses del año, me encontré con la grata sorpresa de que entre los elegidos se hallaba mi querido amigo Manuel Ruiz Luque, que así obtiene un suma y sigue a los reconocimientos que ha recibido a lo largo de su vida. Su obra ha sido su biblioteca y sobre la misma se ha construido una parte significativa de su biografía, de la que por cierto algún día tendremos que escribir sus amigos, no sea que se nos vaya a adelantar algún enemigo. Hoy quisiera, sin su consentimiento, volver sobre una anécdota que demuestra cuál es su verdadera pasión y al tiempo su destino. Los hechos tienen que ver con la manera en que llegó a sus manos un ejemplar raro, rarísimo, e impreso en Montilla.

Corría el año 1975, Manolo sabía quién era el bibliófilo que poseía aquel libro, así que ni corto ni perezoso le escribió para manifestarle que estaba interesado en comprárselo. En la contestación, de la que poseo una copia, le respondía de manera elegante: "No constituye ningún atrevimiento en Vd. el preguntarme si quiero desprenderme de ese

libro. No tengo intención de hacerlo porque supongo que ya Vd. sabe que soy bibliófilo desde hace muchos años, y con bastante predilección por las obras poéticas o de poesía”, y más adelante le decía que quizás le podría facilitar las fotografías que él tenía del ejemplar existente en la *Hispanic Society*. Tras otras consideraciones sobre libros impresos en Montilla, terminaba así: “Sintiendo mucho no haber podido complacerle y con la seguridad de que Vd. comprenderá las justas razones que tengo para ello, y asegurándole que si alguna vez pretendo deshacerme de libros míos le ofrecería a Vd. ese ejemplar, reciba un cordial saludo”. Aquel bibliófilo murió sin desprenderse de sus libros, cosa que sí hicieron sus herederos, así que el ejemplar solicitado por Manolo llegó a unos anaqueles de libros antiguos, entre otros muchos, para ser vendidos en lotes. Él lo encontró en una de sus visitas a esos librerías que sólo le abren la puerta a los escogidos, lo seleccionó en una compra en la que iban otros ejemplares con menos valor (tanto económico como sentimental) y llegó a sus manos lo que durante tanto tiempo había anhelado. Aquel libro ignoraba que su destino era volver a su cuna, Montilla, pero el bibliófilo montillano sí lo sabía. Pienso que por esta anécdota ya merecería el título con el que le ha reconocido este diario.

12 de febrero de 2008

## LA FELICIDAD EXISTE

Hace ya algunos años, en concreto desde que utilizo esta excelente herramienta de trabajo que es un ordenador, adopté la costumbre de incluir en cada examen una cita de alguno de los libros que más me han gustado a lo largo de mi vida de lector o bien de aquellos que tengo recién leídos. Casi nunca las recojo de libros de historia, sino que son textos literarios o ensayísticos, y procuro que la frase en cuestión no tenga nada que ver con la materia objeto de examen e invite a la reflexión, bien sobre la política, sobre la vida cotidiana o sobre cualquier otro asunto que tenga actualidad o que esté vinculado a los intereses de los jóvenes. En algunos casos ha habido alumnos que me han agradecido, al final del curso o tiempo después, esas referencias bibliográficas. El ejemplo más reciente que puedo poner es el del examen que realicé ayer a un grupo de 2º de Bachillerato, donde incluí uno de los *Aflorismos* de Carlos Castilla del Pino: "La felicidad existe. La felicidad es la sabiduría, y esta es el arte de vivir. Arte que se resume en pocas palabras: hacerse una vida confortable con personas, libros, cuadros, música, muebles... Y, desde

luego, alejar y expulsar fuera de sí lo estúpido, lo feo, lo cruel, incluso lo incómodo". Me interesó por dos cuestiones: una, porque entronca con el pensamiento ilustrado, al que tantas veces hago referencia en el aula, puesto que vincula la felicidad con la sabiduría, es decir, con el conocimiento y con el estudio; otra, porque entre tanto mensaje como se difunde en la actualidad acerca del malestar generado por la crisis no viene mal de vez en cuando propagar la idea de que, a partir de una determinada comprensión de la realidad y de una concreta actitud vital, se puede alcanzar la felicidad, entre otras cosas porque la misma es posible, porque podemos hacerla real.

Sería bueno que a lo largo de la vida aprendiéramos a tomar ese camino, porque demasiados individuos ponen el objetivo de su felicidad exclusivamente en lo material, en la posesión de bienes, lo cual no ayuda a alejar la estupidez, ni la fealdad ni la crueldad. No viene al caso hacer aquí alusiones de carácter personal, pero estoy en condiciones de afirmar, por mi experiencia, que es cierta la afirmación de que la felicidad existe, aun cuando a veces la vivas sin saber que te encuentras en esa situación. Esto no se debe confundir con el conformismo ni con mantener siempre una actitud transigente, muy al contrario, la defensa de los principios, la decisión para afrontar situaciones no

siempre agradables y, sobre todo, saber cuáles son los límites de tu condición como ser humano, como ciudadano y como profesional es lo que te da la capacidad para decidir de dónde no debes moverte ni un milímetro y cuáles son los parámetros por los que guiar tu comportamiento. Por otro lado, la vida está llena de ejemplos individuales, personalidades que son idóneas para servir como referencia a quienes hemos tenido la suerte de conocerlas. Por fortuna me he encontrado a lo largo de mi vida, la familiar, la ciudadana y la profesional, con varias personas que tenían esa singularidad, y me he aprovechado de ello. Una de ellas es mi amigo el bibliófilo montillano Manuel Ruiz Luque, del que pudieron obtener información en la excelente entrevista de Rosa Luque en este diario el pasado día 4.

La felicidad existe, pues, incluso en estos tiempos de crisis, entre otras cosas porque siempre habrá seres humanos que tengan afán de conocimiento. No obstante, nunca debemos bajar la guardia frente a los que luchan por imponer la infelicidad, pues conviene tener siempre presente aquello que también nos dijo Carlos Castilla: "Hay analfabetos amorales, como los hay estéticos. No son formas de ceguera sino de inaprendizaje".

27 de noviembre de 2012

## MIRADAS

Los libros, en plural, forman parte de mi interés vital y, como Borges, me alegro con la elegante esperanza de que no desaparezcan. Desde hace ya muchos años, cuando por primera vez visité la biblioteca de mi maestro y amigo Manuel Ruiz Luque, me llama la atención su esmero a la hora de mostrarme el último ejemplar adquirido, con una pertinente descripción acerca de su procedencia, del autor y, en su caso, de la encuadernación. En una ocasión me di cuenta de que, además de atender a sus palabras, me fijaba en su mirada, en la expresión de sus ojos, en cuanto se adivinaba más allá de sus pupilas, porque en realidad tenía ante mí ese infinito que servía para definir la biblioteca borgiana. He intentado aprender de esa forma de mirar los libros, tengo mis dudas acerca de haber alcanzado el nivel del maestro bibliófilo montillano, no obstante sí me ha servido para atender a quien mira y cómo lo hace.

Podemos distinguir muchas formas de mirada, desde la huidiza a la generosa, la enamorada o la rencorosa, la frontal o la oblicua, la que te busca o la que se esconde. También podríamos decir que la Historia es una manera de mirar hacia el pasado, con un objetivo concreto de búsqueda, pero

mirada al fin y al cabo. Al recordar algún pasaje de nuestra vida, nos estamos mirando a nosotros mismos, algunos incluso escriben sobre ello, y entonces el resultado es bien una autobiografía o bien unas memorias. La diferencia entre ambos géneros la expresaba María Lejárraga al escribir sobre su experiencia en la campaña electoral de 1933, cuando afirmaba en su relato que "paso de ser protagonista de mi propio vivir a espectadora del vivir ajeno". Sean una u otra cosa, este tipo de obras nos obligan a una consideración previa a la lectura, como es la coincidencia entre el narrador y el protagonista de los hechos, de ahí que a veces nos encontremos con aclaraciones previas como la de quien afirmaba, citando a Goethe, que se podía comprometer a ser sincero, pero no a ser imparcial. Otro problema es que la memoria está viva y como consecuencia podemos llevar a cabo una reconstrucción de nuestro recuerdo, modificado a partir de lo que otros nos cuentan, también porque dispongamos de datos nuevos, o porque nuestra interpretación sobre determinados hechos sea diferente a la que hacíamos cuando ocurrieron, pues nuestra personalidad ya no es la misma de entonces.

¿Y para qué se escriben memorias? Hay quien considera que su experiencia puede servir de ejemplo a los demás y en consecuencia las presenta como una obligación moral, así lo

expresaba por ejemplo Alcalá-Zamora cuando afirmaba que “toda la vida que alcanza por la fortuna y el esfuerzo algún relieve tiene el deber de transmitir sus reflexiones y recuerdos”. Tampoco debemos olvidar que algunos escriben para dar una justificación de sus actos. Esto último me parece que es el objetivo de alguna de las obras que en estos días han aparecido, o están a punto de hacerlo, con autores como José María Aznar, Felipe González, Rodríguez Zapatero o Pedro Solbes. No tengo duda alguna acerca de que serán fuente para la investigación historiográfica, a veces no tanto por lo que dicen sino por cómo lo hacen o por lo que callan. No puedo pedirles que escriban como Stefan Zweig, pero no tengo interés de lector hacia sus libros, entre otras cosas porque los de otros de sus colegas me han decepcionado. También por mis dudas acerca de su verdadera motivación para escribirlos. Mi citado maestro siempre calla ante la pregunta sobre el precio de sus libros, y pone mirada de reproche hacia quien la hace. Si a esos autores les preguntamos por cuánto han cobrado por sus memorias, habría silencio, pero su mirada sería lo bastante significativa como para que dudáramos de qué los ha llevado a mirar hacia su pasado.

12 de noviembre de 2013

## ¿LIBROS? SÍ, GRACIAS

Esta semana, en especial mañana día 23, se hablará del libro, de los libros. Recuerdo los orígenes de mi biblioteca, una pequeña estantería donde colocaba mis primeros libros, que luego siguieron la consigna bíblica de crecer y multiplicarse. Comencé con novelas clásicas y el transcurso del tiempo me condujo a la Historia, en especial a la del periodo contemporáneo, si bien nunca he dejado la narrativa, donde a veces he descubierto grandes autores que suelo recomendar. Pero lo más importante es que todos se han integrado en mi vida, de modo que puedo suscribir lo que dijo Borges acerca de sus libros, pues los míos tampoco saben que yo existo, pero forman parte de mí.

Trato de imaginar cómo sería una biblioteca solo en soporte digital, y pienso que no hablaríamos de objetos individualizados, sino de uno solo y pequeño que en su interior reuniría los cientos de libros que cualquier persona acumula a lo largo de su vida. Se perdería la posibilidad de mirar hacia una estantería donde los títulos te remiten a experiencias, a lugares, a encuentros con otros lectores. Miro a mi alrededor y veo los primeros manuales de mi época de estudiante, junto con el

que me sirvió en el último año del Instituto para estudiar Historia de España; un poco más abajo están los volúmenes que tienen como autor a Manuel Tuñón de Lara, entre ellos su monumental *El movimiento obrero en la historia de España*, en la edición de Taurus de 1972, con el valor añadido de una dedicatoria, escrita cuando visitó la biblioteca de mi querido Manuel Ruiz Luque en 1982, y que dice: "A José Luis, con la amistad y la esperanza en sus trabajos". Un año antes había prologado el libro que, en colaboración con José Calvo, dedicamos a los sucesos de Montilla de 1873. También tengo cerca lo que ha sido mi punto de interés en los últimos años: los libros del canónigo Gallegos Rocafull, desde la edición que preparó de las *Obras Completas* de san Juan de la Cruz, hasta reunir casi todos los publicados durante su exilio mexicano, algunos de ellos en impresiones que estuvieron al cuidado de Emilio Prados o de Manuel Altolaguirre, y asimismo las colecciones de las revistas en las que colaboró en México (en este caso en facsímil): *España peregrina*, *Las Españas*, *El Hijo Pródigo*, junto con *Romance*, que dirigió Juan Rejano, y que adquirí porque en muchos lugares se cita a Gallegos como colaborador, hasta que tras repasar todos los números comprobé que no era así, pero no me arrepiento, dada la calidad de las colaboraciones que aparecen en dicha publicación. Y mientras escribo, a mi espalda tengo cuanto he publicado y

recopilado acerca de Niceto Alcalá-Zamora, con quien mantengo una deuda pendiente: escribir su biografía política, al menos de la etapa de la II República, una tarea para la cual ya he puesto en marcha los primeros pasos para acometerla.

Y un poco más arriba están mis novelistas preferidos, entre los españoles Juan Benet y Javier Marías; entre los europeos, el primero Marcel Proust, y luego Joseph Roth y Thomas Bernhard, y entre los latinoamericanos Carlos Fuentes, y cómo no, Gabriel García Márquez, al que resulta imposible no recordar en estos días. Ignoro cuántos artículos he leído sobre él desde el viernes, siempre homenajes tributados por lectores, críticos y amigos, todos más que merecidos, porque a través de su obra no solo descubrimos un mundo mágico sino también una nueva forma de narrar que te obliga a devorar una tras otra las páginas que escribía. Pero tomé conciencia de su relevancia cuando el día de su muerte, durante la comida, una amiga, estudiante china en España, nos dijo que para ellos, en secundaria, *Cien años de soledad* era lectura obligatoria.

22 de abril de 2014

## LA BIBLIOTECA

Mi maestro en cuestiones de libros, Manuel Ruiz Luque, ha escrito que el libro debe ser considerado como "la caja fuerte del pensamiento", con su permiso yo añadiría que, por extensión, también lo son las bibliotecas. La que se constituyó como Fundación en Montilla con su nombre es una colección excepcional, que ha convertido a este pueblo en referencia para investigadores ansiosos por localizar ese libro raro, o único, que no se encuentra en ninguna parte, aunque pienso que, por desgracia, aún no ha sido descubierta por muchos profesores de la UCO. Un día a la semana disfruto con ir a trabajar en ese fondo, al tiempo que comparto conversación con el creador de la biblioteca y con nuestro común amigo José Antonio Cerezo. Ciertas bibliotecas, pues, son singulares, de último recurso, si bien algunas pueden compartir esa característica con ser centro de consulta. El máximo ejemplo en España podría ser la Biblioteca Nacional, donde los investigadores disponen de una sala especial donde consultar manuscritos y ejemplares raros, al lado de la sala general donde se ponen a su disposición, y del público en general, los miles de ejemplares que allí se conservan.

La tipología de las bibliotecas es muy amplia, pero entre las que todos conocemos baste citar las universitarias, las de los centros educativos, las existentes en cada provincia como biblioteca pública del Estado (o provinciales) o las de los ayuntamientos, que solemos denominar municipales. Como he comentado en alguna ocasión, la existente en Cabra es la única de la provincia que, con la excepción de la capital, se ha mantenido abierta desde su creación en la II República, una coyuntura en la cual el fomento de la cultura trajo consigo la creación de estos centros, muchos de los cuales fueron cerrados por la dictadura, y los demás sometidos a expurgo. La de Cabra sobrevivió, hoy ya no se encuentra en su emplazamiento inicial, de hecho en la actualidad incluso tiene dos sedes, y ha cambiado en sus funciones y su uso, puesto que allí encontramos, además de libros, películas, música, libros electrónicos, cursos de formación, exposiciones y actividades culturales muy diversas. Guardo con ella una vinculación sentimental nacida del hecho de que fue la primera biblioteca que conocí. Hace unos días pudimos conocer su número de usuarios (132.019) y el volumen de sus préstamos (19.166). Los datos, correspondientes a 2014, que cualquiera puede consultar en su *web*, la sitúan en el primer lugar entre los pueblos de Córdoba y en cotas similares a las de algunas bibliotecas provinciales. Desde luego está muy por encima de pobla-

ciones con mayor número de habitantes, como Lucena, y de los de su nivel, como Montilla, Priego o Puente Genil.

Todo esto fue expuesto, con sus correspondientes gráficos, en rueda de prensa por el concejal delegado de Cultura, Javier Ariza, y el director de la Biblioteca, José Pérez. Son datos para que los egabrenses nos sintamos orgullosos, y sin embargo me ha sorprendido que de los cuatro diarios digitales de Cabra que yo consulto, solo uno se haya hecho eco de la noticia, cosa que no hubiera ocurrido de tratarse de una procesión. Por otro lado, es de esperar que los candidatos en estas elecciones tomen nota de esa realidad, y contemplen el espacio de la biblioteca como fundamental para el desarrollo de la cultura. Ignoro cuál es el presupuesto destinado a inversión y mejora de la biblioteca egabrense, sí estoy seguro de que habrá sufrido los recortes que siempre se utilizan con ligereza cuando se trata de asuntos de cultura, mientras que la generosidad nunca decae a la hora de apoyar, y subvencionar, otras actividades. No olvidemos, como escribió Borges, que desde la existencia del "primer Adán", la gran labor del hombre ha sido "la Biblioteca".

19 de mayo de 2015

## LOS LIBROS

Tal y como se presenta el panorama político, hay que buscar escapes que nos permitan olvidar las limitaciones de unos, la sinrazón de otros y la desvergüenza de muchos, aunque estos últimos pertenezcan al grupo que decía representar una nueva forma de hacer política, pero nos han convencido de que la vieja política no era tan mala como decían, sobre todo porque han utilizado las formas de cuanto ya considerábamos superado, al menos desde los tiempos de aquello que se denominó Eurocomunismo. Los ciudadanos, en esa huida consciente de la realidad, hemos podido acogernos al fútbol, bien en las eliminatorias de la copa de Europa (prefiero esta terminología a la de *Champions*) o bien en la evolución de los equipos que encabezan la Liga. Pero quienes no sean seguidores de ese deporte ahora contarán con otra oportunidad aún mejor, la que nos brinda la feria del Libro y todo el conjunto de actos anexos a ella, en definitiva, el acercamiento al mundo del libro, donde siempre podremos encontrar lo que necesitamos. En mi caso, tengo la suerte de compaginar ambas cosas, el fútbol y los libros, si bien estos últimos me han dado, y me dan, muchas más satisfacciones que el primero.

Siempre he sido consciente de lo que significan los libros, pero hasta hace unos años no me di cuenta de lo que pueden representar en tu vida. Entonces comprendí la profundidad de aquellos versos de uno de mis autores favoritos, Borges, quien decía en uno de sus poemas: "Mis libros (que no saben que yo existo)/ Son tan parte de mí como este rostro/ De sienes grises y de grises ojos/ Que vanamente busco en los cristales/ Y que recorro con la mano cóncava". Todo ocurrió cuando, debido a una mudanza, todas mis pertenencias estuvieron varios meses en un guardamuebles. Dejé a mano lo imprescindible, inclusive algunos libros, hasta que llegó el día en que pude recuperarlo todo. Comencé a abrir cajas, una tras otra, y me encontraba conmigo mismo en cada objeto, que por supuesto conservaba en mi recuerdo. Sin embargo, cuando aparecieron mis libros, a partir del momento en que volvieron a sus anaqueles, desde que pude volver a leer los títulos y acariciarlos uno por uno, solo entonces, experimenté emoción, la misma que se siente ante cualquier otro reencuentro, como la que se vive cuando después de un tiempo vuelves a ver personas queridas. Y en efecto, como decía Borges, ellos no sabían de mi existencia, pero mi vida se ha construido, en parte, gracias a lo que representan, a lo que me han enseñado, a cuanto he vivido a través de sus páginas. Me detuve en especial con algunos ejemplares a los que guardo

inmenso cariño, no tienen valor bibliográfico, pero en sus páginas han quedado escondidos sentimientos que se pierden entre las líneas del texto escrito, y eso sin contar las hojas secas, los pétalos de flor, los comentarios al margen o los sencillos subrayados que me traen a la memoria reflexiones y experiencias pasadas.

Esta vivencia no la tendría quien se jacte de tener en un dispositivo electrónico más ejemplares de los que yo poseo. En su ignorancia, pensaría que todo reside en una cuestión de cantidad, y no es así, el número de libros que se posean es algo sobrevenido, lo que importa es la valoración que hagamos de ellos como objeto, que poseamos la sensibilidad suficiente como para sentir placer al ver una edición cuidada o al pasar la mano por una encuadernación adecuada. Algo que podrán valorar quienes lleguen a poseer uno de los cuatrocientos ejemplares que la Diputación de Córdoba va a editar de la *Historia General del Perú* del Inca Garcilaso, en una edición facsímil al cuidado del gran bibliófilo montillano Manuel Ruiz Luque, a partir de un original de la Fundación que acoge su Biblioteca, la cual, en el sentido utilizado por Borges, es infinita.

20 de abril de 2016

## UNA MUJER RECUPERADA

En los primeros días de marzo, el mes por antonomasia de las mujeres, las pruebas genéticas han demostrado que el cadáver hallado a finales de enero en la fosa de Fuendejalón (Zaragoza) es el de María Domínguez Remón (Pozuelo de Aragón, 1882), la cual en julio de 1932 se convirtió en la primera mujer alcaldesa en la República. Lo hizo en la localidad de Gallur (Zaragoza) después de que el gobernador civil de la provincia designase una gestora que se encargara del gobierno de aquel pueblo. Solo estuvo en el cargo unos meses, hasta febrero de 1933. Según David Salvador, se marchó satisfecha, “pero desilusionada y cansada de tanta censura a sus desvelos por el municipio”. Después dejó la política activa, sin renunciar a sus ideas, y en septiembre de 1936 fue ejecutada en Fuendejalón. Aunque no conste el año en la edición, en 1934 publicó un libro: *Opiniones de mujeres. (Conferencias)*. Hace unos años manejé esa primera edición que, una vez más, poseía mi amigo y maestro Manuel Ruiz Luque (se puede consultar en la Biblioteca Digital Hispánica, y la Diputación de Zaragoza la reeditó en 2004). Apareció con un Prólogo de Hildegart, quien dice de ella que “enriqueció en unos miles de pesetas la caja del Municipio, y salió

de este como había entrado, con su sencilla ropa negra y su rostro claro y luminoso, que, nuevo girasol, no se somete a la disciplina de su partido, para dirigirse siempre en amorosa súplica hacia donde brille el sol de la justicia". María fue feminista, socialista y republicana, en uno de sus textos escribe: "Las mujeres no debemos engañarnos, ni engañar a nadie; nuestra liberación es obra de nosotras mismas. Nuestro sitio está en las filas de la democracia, que es la que ha de concedernos todos nuestros derechos".

Esa descripción de la prologuista podemos verla en la portada del diario *Ahora*, que en una fotografía a toda página presentaba a sus lectores a "la primera alcaldesa española" el 27 de octubre de 1932, donde podemos verla incluso con un velo negro sobre la cabeza y ya en el interior en otras fotografías que ilustran la entrevista que le hizo Vicente Sánchez-Ocaña. Allí contaba su peripecia vital, su primer matrimonio fracasado por los malos tratos de su marido, la huida de su pueblo, los distintos trabajos que desempeñó, desde los realizados con una máquina de hacer medias a los del campo: "Iba a espigar, a vendimiñar, a arrancar trigo y cebada, a recoger olivas, a lo que salía". Pero su verdadera vocación estaba en la cultura, leer y formarse como maestra. Empezó a publicar artículos en la prensa: *El País*, *Vida Nueva*, *Avante*

(Tolosa) o *El Ideal de Aragón*, al tiempo que inició sus trabajos en la escuela de un caserío del valle del Baztán, Mendiola, si bien una enfermedad la privó de poder acceder a la Escuela Normal, primero en Pamplona y luego en Zaragoza. De nuevo contrajo matrimonio tras la muerte de su primer marido y se estableció en Gallur, donde contribuyó a la creación de una sección de UGT y volvió a ejercer dando clases. Como alcaldesa, manifestaba que su proyecto más importante era construir una nueva escuela. Unos días después de aquella entrevista, también hay otra el 30 de octubre, en *Crónica*, realizada por Rafael Casanova, quien afirma: "Posee María Domínguez ese buen sentido, esa serenidad bondadosa, pero recia, que caracteriza a la dueña en Aragón, y que la capacita para el gobierno, no siempre sencillo, de su hacienda".

Al día siguiente del 8 de marzo, no está de más recordar a aquella primera alcaldesa, que cuenta con una calle en Zaragoza y en Gallur, y cuyo nombre figura en una escuela, en una fundación y en una asociación de mujeres. En 1999 la Diputación de Zaragoza tuvo un reconocimiento póstumo para ella y en 2015 Vicky Calabia le dedicó un documental: *María Domínguez. La palabra libre*.

9 de marzo de 2021

## EXCUSAS Y JUSTIFICACIONES

En el campo de la Historia diferenciamos entre explicación y justificación. Esta última puede tener otras acepciones, como es querer probar algo con razones convincentes, y por supuesto en un ámbito más coloquial es equivalente a una excusa, si esta la entendemos de acuerdo con esta definición: "Motivo o pretexto que se invoca para eludir una obligación o disculpar una omisión". Todos solemos decir que alguna vez nos hemos visto obligados a inventar una excusa, pero ciertos individuos necesitan más que otros de ese recurso. En ellos he pensado cuando ha llegado a mis manos un libro, bien editado, sin otra referencia que estar publicado en Montilla en 2020, con el título de *Manual razonado de excusas y justificaciones* (ad usum Delphini). *Obra utilísima para todos los estados* y que según reza en su cubierta y portada está redactado por Lord Esniss, si bien aparece luego un prólogo del que afirma ser su autor con la firma de las iniciales J.A.C. De la obra parece que se han impreso 27 ejemplares nominados con las letras del abecedario, tanto las mayúsculas como las minúsculas. Y utilizo "parece" porque el Colofón está firmado por el editor, Manuel Ruiz Luque, y cuando él anda de por medio en cuestiones de libros nunca se

sabe cuánto puede tener de cierto lo que se afirme acerca del número de ejemplares.

La obra se abre con una "Licencia de la ordinaria", firmada por doña Felisa de las Águilas Cortadas, le sigue la "Aprobación y censura" de Joan Sermó, secretario de la Casa de Abascal, después la "Summa de la Tasa", a cargo de Sebastián Izquierdo de la Huerta, junto con el "Nihil obstat" concedido por una Licenciada y un Doctor. En la Introducción se nos explica el carácter complementario de la excusa y la justificación, así como su aplicación a casi todos los ámbitos de nuestra vida. Se parte de que la premisa general debería ser la de no excusarse, y si hay que hacerlo escoger una que sea buena, aunque en determinados casos habría que recurrir a la explicación, si es que queremos salir bien parados. El primer capítulo está dedicado a las excusas y justificaciones de carácter general, entre las cuales podemos destacar la socorrida "No tengo tiempo", que el autor recomienda sustituir por una mentira, que será mucho más eficaz; también la de "Sí, yo leo, pero no libros", que el autor califica de "graciosísima" además de "estúpida", y lo cierto es que en una ocasión una persona de fiar me contó que un conocido político andaluz, en un encuentro casual en el tren, le dijo: "yo no soy mucho de leer libros", a lo que quizás habría que haberle respondido que ni mucho ni poco. El siguiente ca-

pítulo está dedicado a las de uso en el dormitorio, y ahí encontramos algunas tan sugerentes como “Me duele la cabeza”, considerada como un “subterfugio”; “Mañana me levanto temprano” o “No me apetece ahora, ¿lo hacemos luego?”. El tercer capítulo es para las excusas en el amor, con “No eres tú, soy yo”, “Podríamos ser amigos”, “Necesito tiempo”, “Es por tu bien” o “Necesito tener mi espacio”. En este apartado el autor recomienda a toda mujer “abandonada” que se pregunte qué posibilidades tiene el otro de encontrar una mujer como ella, y la respuesta será “cero”, pero si se plantea cuántos hombres como el que se va puede encontrar ella verá que son “14.556”. Por último están las excusas en internet, aunque el autor reconoce no ser experto en redes sociales, por ello acude a la autoridad de Umberto Eco para reforzar sus opiniones.

Estoy seguro de que algún lector se habrá quedado con la miel en los labios por no poder conocer el contenido de alguna de las excusas citadas, pero sepan que en los créditos del libro se hace constar lo siguiente: “Permitida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o soporte, siempre que no se venda”.

30 de marzo de 2021



Junto a Manuel Ruiz Luque el 18 de diciembre de 2020

## ÍNDICE

|                                       |    |
|---------------------------------------|----|
| Portada                               | 7  |
| Razones de un homenaje                | 11 |
| El hombre que no quiso ser astronauta | 16 |
| 64 libros                             | 21 |
| Libros                                | 25 |
| Libros insólitos de Ruiz Luque        | 29 |
| Bibliópolis                           | 33 |
| Una gesta democrática                 | 35 |
| Un repertorio necesario               | 39 |
| El "Valdenebro"                       | 43 |
| A la nueva Corporación montillana     | 46 |
| ¿Zorro o erizo?                       | 49 |
| Cosas que dije                        | 52 |
| De libros y lecturas                  | 55 |
| El destino de un libro                | 58 |
| La felicidad existe                   | 61 |
| Miradas                               | 64 |
| ¿Libros? Sí, gracias                  | 67 |
| La Biblioteca                         | 70 |
| Los libros                            | 73 |
| Una mujer recuperada                  | 76 |
| Excusas y justificaciones             | 79 |

ENTRE OTRAS MUCHAS COSAS,  
MANUEL RUIZ LUQUE  
HA SIDO EDITOR DE OBRAS  
EN LAS QUE HA DEJADO RASTRO  
CON SUS COLOFONES.

ESPERO QUE NO ENCUENTRE PRETENCIOSO  
QUE AQUÍ SEA YO  
QUIEN OCUPE SU LUGAR.  
NO PODÍA SER DE OTRA MANERA,  
PORQUE ÉL DEBÍA ESTAR AL MARGEN.

ESTE LIBRO  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EN CABRA,  
EL 30 DE SEPTIEMBRE DE 2022.

CUIDÓ LA EDICIÓN JOSÉ LUIS CASAS SÁNCHEZ

